

# En la Playa

¡MALDITA ESCUELA!

## Continuación

Me despedí de Enrique firmemente convencido de que al trasponer los umbrales de su casa, volvería de nuevo a hundirse en el sillón pensando en Rosa; no obstante su empeñada y formal promesa de no dedicarle ni un pensamiento, ni un recuerdo.

No me equivoqué. Al día siguiente fui a visitarlo, y lo encontré como ya me suponía: cabizbajo, pensativo, triste.

—¡Vamos, Enrique!—le dije al entrar—no me negarás que tus promesas de ayer tuvieron la existencia del relámpago. En alas del recuerdo sigues a Rosa en su fuga; ¿no es verdad?

—Hombre... Sí y nó. Voy a serte franco. El recuerdo de esa desgraciada me ha perseguido con tenacidad; y ha habido un momento en que he tenido la debilidad de pensar en ella. Pero después he sido lo bastante resuelto para desecharlo, cuantas veces insistió en llamar a las puertas de mi corazón. Esa es la verdad.

—¿A qué viene, pues, esa especie de ensimismamiento y tristeza en que estás sumido?

—Mira; cuando has entrado, pensaba en la madre de Rosa, compadecido de su dolor. Y, la verdad, el recuerdo de esa pobre madre me causa tristeza; está inconsolable.

—¿La has visto?

—Sí: esta mañana. Quería saber detalles sobre la desaparición de esa infeliz, y con ese objeto he ido a casa de sus padres. ¡Pobre madre! Lloraba sin consuelo. Con mi presencia he aumentado sus lágrimas. No podía hablar; pues cuantas veces lo intentaba, ahogaba sus palabras el llanto. Yo la contemplaba enternecido, con lástima, contagiado de dolor. ¡Ah! esa hija sin entrañas no sabe la llaga que ha abierto en el corazón de su santa madre. En fin, cuando respetando su dolor, me iba a retirar, se ha levantado; y haciendo un supremo esfuerzo por serenarse, me ha detenido diciéndome:

—¡Por Dios, Enrique, no te vayas! Me consuela tu presencia ¿Nada sabes?— Y me ha mirado con ojos suplicantes, avidísimamente interrogadores.

—Nada:—le he contestado—Estoy enterado de la fuga: nada más. Un amigo me ha contado que vió a Rosa en un auto, que pasó volando con dirección al puerto, sobre las seis de la tarde; y supone que al poco rato se embarcó.

—¿Con él?—me ha preguntado—

—Sí: los dos; pues los dos iban en el auto. Parece que todo lo tenían preparado con tiempo.

—¡Traidor, infame! Me ha matado robándome la hija. ¡Rosa, hija desgraciada!... ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para que así...

Un torrente de lágrimas la impide continuar. Era aquello un cuadro desgarrador. No podía resistir; me ahogaba de tristeza y compasión. Por segunda vez he querido retirarme, y segunda vez me ha detenido.

—¡Por Dios, Enrique, un momento—me dice sollozando—¿Nada notaste en los últimos días que te hiciera sospechar algo?

—Nada.—le he contestado. La víspera del día fatal estuve con ella por la tarde; y lejos de notar algo anormal, noté que estaba más tranquila, cariñosa y alegre que otras veces.

—¡Dios mío!—Y sin decir más, la angustiada madre se ha dejado caer sobre la silla, sin fuerzas, postradísima, traspasada de dolor, con el alma sumida en sombras. De sus labios brotaban frases sueltas, incoherentes, de intensa amargura: Ese traidor... ¡Maldita escuela!... Rosa, antes tan buena... ¡Ah! su padre... Si no la hubiese sacado del Colegio... ¡Qué cambio, Dios mío, en esa escuela maldita!

Por fin me he despedido, sin adquirir más detalles que los siguientes: Rosa, en la mañana del día de su desaparición, dijo a su madre que iba a pasar un día de campo con sus amigas. De su padre se despidió con cierta frialdad: de su madre con cariño, diciéndole que tardaría, pero que no se preocupase, pues, volvería al anochecer con las amigas. Salí con un bulto, que al perecer era de ropa. Al día siguiente, y cuando ya estaba lejos de Manila, llegó a su casa una amiga, y dijo a su madre de parte de Rosa que no la esperasen, ni pasasen pena por ella. Lo demás ya lo sabes.

—Siento, Enrique, de todo corazón la desgracia y el dolor de esa madre. Pero, dime: ¿y su padre? Nada has dicho de él. ¿No estaba en casa? ¿Qué piensa de la fuga de su hija?

—Sí: en casa estaba; pero no sé que le pasa. No habla, ni derrama una lágrima; pero la tempestad ruge dentro de su alma. Se le nota en la mirada; una mirada mezcla de turbación y espanto. Parece atontado. Para mí está oprimido por el peso del re-

mordimiento.

—No cabe duda. Dios suele a veces castigar sin palo, Enrique. Ese padre es el causante de toda la desgracia, y ahora recoge el fruto de sus descabellados actos. Desde que se afilió a la masonería, padece manía persecutoria contra todo lo que tenga relación con el catolicismo. A pesar de las lágrimas de su esposa, y de la oposición de su misma hija, se empeñó en arrancar a ésta del Colegio católico, y trasladarla a la escuela pública, escuelas sin Dios, sin Religión, y por consiguiente sin moral, que no puede existir sin base religiosa. Desde entonces comenzó la pérdida de Rosa; pues no hay que olvidar que esa joven tenía una imaginación de fuego, y un volcán por corazón. Bien dirigida, hubiera sido modelo de amores castos y nobles: encauzada por extraviadas sendas, todo se ha perdido. Las olas del vicio han sepultado para siempre el cadáver de su honor. Razón tiene su madre para exclamar: ¡Maldita escuela! ¿Qué dique pueden oponer esas escuelas sin Dios al ímpetu de la pasión? En la más crítica y peligrosa edad, cuando brotan pujantes y vigorosas las pasiones abocando a la juventud al borde del abismo; entonces, precisamente entonces, en vez de alargar a nuestros jóvenes la tabla salvadora de la Religión para evitar el naufragio, se les deja a merced de las olas, estimulando y alimentando sus pasiones con ese maldito sistema coeducacional; horrible mezcla de sexos, semillero de inmoralidad, verdugo de la inocencia y sepulcro de todo sentimiento moral. ¡Maldito sistema, y malditas escuelas sin Dios! Ellas están sembrando de lágrimas y vistiendo de luto los hogares filipinos. ¡Pobre patria mía!

Todo es cierto, desgraciadamente cierto. El caso de Rosa, y otros más que se suceden con aterradora continuidad, ponen en mis labios la misma maldición. ¡Maldito sistema y malditas escuelas!

EL SOLITARIO.

